

EVANGELIZACIÓN, CATEQUESIS Y CATECISMO

Conferencia pronunciada por el cardenal Ratzinger
en la Comisión Pontificia para América Latina

1. EL EVANGELIO Y EL CATECISMO

A partir de los Sínodos episcopales de 1974 y de 1977, primero casi de manera inadvertida, luego, sin embargo, con creciente fuerza iluminadora, ocuparon un primer plano en la conciencia eclesial dos antiguas palabras bíblicas: evangelización y catequesis. La potencialidad de inflamar que, sobre todo la primera palabra, lleva en sí debido a su origen hizo que naciera una polémica.

Cae sobre la palabra "Evangelización" la sospecha de que con ella se pretende ocultar el intento de conseguir la restauración católica, el sueño de la antigua Europa católica en la que predominaran de nuevo la fe y el pensamiento católicos. Pero los fieles de todo el mundo entienden esta palabra de manera diferente: sencillamente a partir de la fuerza de esperanza del mensaje de Jesús, cuya novedad y singularidad están sintéticamente expresadas en la palabra Evangelio (cfr. Mc 1,1;1,15).

Las opiniones e indicaciones, que lentamente tomaron forma en el diálogo de los obispos durante el Sínodo de 1974, están sintetizadas en uno de los documentos posconciliares más hermosos, la Constitución *Evangelii nuntiandi* promulgada por Pablo VI. El Sínodo siguiente con el tema de la catequesis examinó detenidamente un aspecto importante de la evangelización; el Papa actual hizo públicos sus resultados en la Constitución *Catechesi tradendae*. A partir del mismo impulso, que había llevado a los obispos en los años setenta a indicar la evangelización y la catequesis como los dos puntos pastorales centrales de la época presente, surgió del Sínodo de 1985 la petición de un Catecismo común de toda la Iglesia católica. Este libro que apareció exactamente treinta años después del comienzo del Concilio sólo puede ser comprendido en el contexto del compromiso por la evangelización y la catequesis, que a partir del impulso del Vaticano II buscó en los años setenta una forma concreta para su aplicación. Que el Catecismo desde el primer momento de su elaboración, aún antes de que nadie leyese una línea, se convirtiera en signo de contradicción, no debe asombrarnos. Esto muestra sólo la actualidad de una obra, que es algo más que un libro: es un acontecimiento en la historia de la Iglesia. Lo que no encuentra ningún obstáculo es porque ni siquiera roza las necesidades urgentes de un época. La experiencia más negativa del cristianismo en nuestro siglo no es la de la oposición abierta contra él: que regímenes poderosos persigan con todos los medios a su disposición a una minoría de fieles indefensos es una señal de la fuerza interior que éstos atribuyen a la fe, que anima a este pequeño grupo. Preocupa, en cambio, la indiferencia hacia el Cristianismo, que aparentemente ya no merece ninguna discusión: abiertamente se le considera como una antigualla, que se puede tranquilamente dejar marchitar o conservar en un museo. El Catecismo, por el contrario, fue y es un acontecimiento que, más allá de

las discusiones intereclesiales, ha despertado la atención del mundo profano; una brecha en el muro de silencio de la indiferencia. La fe es nuevamente sal que hiere y cura; llamada que empuja a tomar posición.

Antes de preguntarnos qué función puede ejercer el Catecismo dentro del deber fundamental de la evangelización y catequesis, tratemos de aclarar el contenido de estos dos conceptos en sí. Si buscamos la raíz de estas dos palabras en la Biblia, nos encontraremos con algo importante. Ambos conceptos son específicamente cristianos y como tales han tomado forma sólo en los escritos del Nuevo Testamento. Con respecto a la palabra "Evangelio" lo podemos ver claramente a partir del hecho de que este vocablo griego aparece en los escritos rabínicos como palabra griega escrita en letras hebraicas, precisamente para caracterizar el mensaje de los cristianos. Para la palabra "catequizar" el resultado desde muchos puntos de vista está aún más claro, ya que esta palabra no aparece nunca en la traducción griega del Antiguo Testamento ("Septuaginta"); sólo Pablo le dio su significado específico y permanente. Nos hallamos, pues, ante realidades que nos ofrecen la novedad y singularidad del cristianismo.

1. "Evangelio", "evangelizar".

El significado de los conceptos a la luz de la Biblia y del Catecismo.

En primer lugar examinemos de cerca la palabra "Evangelio" ("evangelizar", etc.). Esta palabra, como queda dicho, asumió su sentido específico sólo a partir del ministerio de Jesús, pero se basa, sin embargo, en dos presupuestos precristianos que se unen a ella cargándose de un nuevo significado. El primero de ellos es el mensaje de alegría del Deuterocanónico: a los pobres se les da la alegre noticia, el Evangelio (Is 58, 6; 61,

1). La expresión "los pobres" comienza ya aquí a designar al Israel creyente, que sufre por Dios, y que precisamente en los sencillos, en los pobres ha resistido a todas las catástrofes de la historia. Junto a esta raíz veterotestamentaria se halla otra no judía, una especie de teología política, característica tanto de los grandes imperios de Oriente como de los reinos helenos y el imperio romano: Evangelio es en este caso el anuncio de la llegada al trono de un nuevo soberano; su reino es "Evangelio". Él trae consigo -así continuamente se va anunciando- la era nueva, la era mejor; él da la paz, el derecho y el bienestar; el hecho de que él exista y actúe es "Evangelio", renovación del mundo y la historia. El concepto evoca, pues, la utopía realizada y recuerda desde este punto de vista los mensajes utópicos de salvación de nuestro siglo, que nos han anunciado al hombre nuevo y la nueva sociedad. El Evangelio de Jesucristo transforma radicalmente esta teología política: Él mismo, "el carpintero, el hijo de María" (Mc 6, 3), renueva el mundo - sin poder militar, político o económico, sólo con la fuerza de su amor-. El "reino" no viene de este o aquel soberano, de esta o aquella ideología, sino que viene de Dios mismo. A eso llegamos nosotros en la comunión con Jesús de Nazaret crucificado y resucitado. Hemos llegado así al nuevo significado cristiano de la palabra Evangelio, que puede ser presentado en tres momentos.

a) El Evangelio de Jesús

Como primer estrato tenemos lo que los evangelistas nos transmiten como anuncio propio del evangelio por parte de Jesús. En Jesús los conceptos "Evangelio" y "Reino de Dios" ("Reino de los Cielos", "Reinado de Dios") están inseparablemente unidos (/Mc/01/15). El Reino de Dios es Dios mismo. Cuando Jesús dice: "El Reino de Dios está cerca", significa sencillamente: Dios mismo está cerca. Vosotros estáis cerca de Dios, y Él de vosotros. Y también: Dios es un Dios que obra. Dios no está relegado a la esfera "transcendental", que lo separaría de la esfera "categorial" de nuestro hacer y vivir. Él está presente y tiene poder. En su aparente ausencia e impotencia Él es aquel que verdaderamente está presente y domina, naturalmente con un poder diferente del que se imaginan los detentores humanos del poder o también los que no tienen ningún poder pero lo anhelan.

El mensaje de Jesús en este sentido es muy sencillo; es el anuncio del Dios presente con una presencia nueva e inmediata, que va más allá de la presencia del creador en su criatura. Jesús habla de un nuevo acontecimiento, de un nuevo hacerse presente de Dios en la historia humana. En qué consiste esta novedad lo veremos más adelante. Aunque ya aquí tenemos una realidad muy importante para nosotros en nuestro hoy. Los predicadores de hoy -me parece a mí- hablan poco de Dios. El tema "Dios" a menudo es marginal.

Se habla mucho más de los problemas políticos, económicos, culturales, psicológicos. Se piensa que Dios es conocido; que son más urgentes los problemas prácticos de la sociedad y del individuo. O dicho con otras palabras: no parece que hablar de Dios sea hablar de una realidad "práctica", de algo que tenga que ver con nuestras necesidades reales. Y aquí Jesús nos corrige: Dios es lo más práctico y urgente para el hombre. Como discípulos de Cristo tenemos que dar al mundo la realidad más urgente: la presencia de Dios. Este anuncio se opone al deísmo oculto y muy difundido también entre nosotros, los cristianos: Dios parece demasiado lejano. No interviene en nuestra vida -se piensa-, hablemos, pues, de cosas reales. No, dice Jesús: Dios está al alcance de nuestra voz. Dios está cerca: esta es la primera palabra del Evangelio, y ella, si creemos, transforma nuestra vida. A partir de la orden de Jesús todo esto debe ser anunciado con renovada fuerza en nuestro mundo.

Sin embargo, tenemos que prestar mayor atención a los pocos textos en los que el concepto de "Evangelio" aparece en boca de Jesús. Hay que señalar antes que nada que el Evangelio (como en Isaías) vale sobre todo para los pobres (Lc 4, 18). Se unen de esta manera las acciones de la salvación y de la curación: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan (Mt 11, 5; Lc 7, 22). El Evangelio no es sólo palabra, es también acción. Dios se revela como aquel que obra. Él obra para aquellos que, sobre todo, tienen necesidad y que le esperan con el corazón abierto, confiando en Él, en que Él quiera y pueda salvarlos. A propósito de ello el Catecismo tiene una expresión muy hermosa: "El Reino pertenece a los pobres y a los pequeños, es decir, a los que le acogen con un corazón humilde... Jesús, desde el pesebre hasta la cruz comparte la vida de los pobres... Aún más: se identifica con los pobres de todas las clases y hace del amor activo hacia ellos la condición para entrar en su Reino (n. 544, cfr. n 559). El Catecismo muestra aquí la raíz más profunda de lo que nosotros hoy llamamos "opción preferencial por los pobres". Es evidente que ésta no es una opción, que

nosotros como cristianos podamos elegir o incluso rechazar, sino una condición necesaria, que nace de la esencia misma del Evangelio.

El anuncio del Reino de Dios por parte de Jesús que es su evangelio, se coloca en definitiva en el horizonte del juicio y de la promesa, de la responsabilidad y de la esperanza. El hombre no puede hacer o no hacer lo que quiera. Será juzgado. Debe rendir cuentas. Esta certeza tiene valor tanto para los poderosos como para los sencillos. Donde se honra esta certeza, se trazan los límites de los poderes de este mundo. Dios hace justicia, y sólo Él puede en última instancia hacerlo. Nosotros lo conseguiremos cuando seamos capaces de vivir bajo los ojos de Dios y de comunicar al mundo la verdad del juicio. De modo que el artículo de fe del juicio, su fuerza de formación de las conciencias, es un contenido central del Evangelio y es verdaderamente una buena nueva. Lo es para todos los que sufren bajo la injusticia del mundo y buscan la justicia. Así se comprende una vez más el nexo entre el Reino de Dios y los "pobres", los que sufren y todos aquellos de los que hablan las bienaventuranzas del sermón de la montaña. Sólo acogiendo interiormente el juicio y la seriedad de la responsabilidad que conlleva para nosotros, comprendemos también otra realidad, que está presente en la vida de Jesús y que encontró su expresión más honda en la cruz: que "Dios es más grande que nuestro corazón" (1 Jn 3, 20). La "invitación de los pecadores al banquete del Reino" (n. 545), de la que habla el Catecismo, no elimina el juicio, no reduce la bondad de Dios a un melindre empalagoso sin verdad. En realidad la invitación es anuncio de liberación sólo para el que cree en el justo juicio de Dios.

Hasta ahora hemos visto que en su núcleo central el "Evangelio" anunciado por Jesús en su vida terrena es un mensaje fuertemente teo-céntrico, es decir, que manifiesta la presencia de Dios mismo, al que se une necesariamente una interpretación del hombre en el mundo. Si nos atenemos a los párrafos 541-550 del Catecismo, podemos ver que ya la palabra misma de Jesús contiene un estrato ulterior más escondido, que luego introduce en el concepto de "Evangelio" de la Iglesia naciente.

Hallamos aquí que el Catecismo nos remite a la predicación típica de Jesús que habla con parábolas. El Catecismo arroja luz sobre una dimensión de las parábolas a menudo omitida, la cristológica: «Jesús y la presencia del Reino en este mundo están secretamente en el corazón de las parábolas. Es preciso entrar en el Reino, es decir, hacerse discípulos de Cristo "para conocer los Misterios del Reino de los cielos" (Mt 13, 11). Para los que están "fuera", la enseñanza de las parábolas es algo enigmático~ (n. 546). Todas las parábolas contienen una cristología indirecta, esconden y revelan el misterio de Jesús: la cristología no es un mito postpascual, inventado por la comunidad cristiana, sino que está en el centro del mensaje de Jesús y es la verdadera novedad de este mensaje. El reino de Dios está cerca. Dios mismo está cerca de un modo completamente nuevo e inesperado en la persona de Jesús. La invitación al Reino se convierte así en una invitación a la nueva comunidad de los discípulos de Jesús, una invitación a seguir a Cristo. Sólo en esta comunión de camino se aclara el sentido de las parábolas: O «Para los que están "fuera", la enseñanza de las parábolas es algo enigmático» (n. 546), "para que mirando, miren y no vean; oyendo, oigan y no entiendan..." (cfr. Mc 4, 11-12).

La predicación de Jesús no era nunca predicación pura, palabra pura, sino una predicación "sacramental" en el sentido de que la palabra era y es inseparable de su persona, de su Yo, de su "carne". La palabra habla solamente en el contexto de sus acciones proféticas, de su vida y muerte. El centro, el punto culminante de su vida -el punto donde se manifiesta su Yo-, es el misterio pascual: "El realizará la venida de su reino por medio del gran Misterio de su Pascua: su muerte en la Cruz y su Resurrección. "Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Jn 12, 34)" (n. 542). El centro, pues, de la figura de Jesús es su muerte y resurrección: aquí viene el Reino, siempre nuevamente.

b) El Evangelio en los Evangelios

Esta cristología escondida, que se halla en la palabra, en la acción y en el sufrimiento evangelizador de Jesús, la ha desarrollado la Iglesia a la luz del hecho pascual. El Espíritu Santo, venido el día de Pentecostés, ha guiado a los discípulos hacia la verdad completa (cfr. Jn 16, 13). Meditando y reflexionando sobre las parábolas, y sobre todas las palabras de Jesús, descubrieron que el misterio pascual está en el centro de toda la predicación del Señor. Si ahora las cuatro narraciones de Mateo, Marcos, Lucas y Juan se llaman "Evangelios", es porque se quiere expresar precisamente esto: Jesús mismo, todo su obrar, enseñar, vivir, sufrir, resucitar y permanecer entre nosotros es el "Evangelio". Los cuatro textos fundamentales del Nuevo Testamento no son simplemente libros, son el eco de una predicación. Así se llevaba a cabo la evangelización a partir de la Pascua: se decía a la gente lo que ahora leemos en los Evangelios.

No hay, pues, ninguna discontinuidad entre el anuncio del Jesús prepascual y el anuncio de sus discípulos después de la Pascua y Pentecostés. No se puede decir que Jesús hablaba del Reino de Dios, mientras que los apóstoles anunciaban a Cristo y al final la Iglesia se colocó ella misma en el centro. Jesús era mucho más que simplemente un buen Rabino y algo muy diferente a un revolucionario contra el poder de Roma. Jesús -podemos decir- fue una sorpresa, una figura que nadie esperaba de este modo. Solamente bajo la nueva luz de la Pascua, bajo la nueva luz del Espíritu Santo, los creyentes han comprendido que en realidad Moisés, y los profetas habían hablado de El -así como lo entendieron los dos discípulos de Emaús caminando y hablando con Jesús-. Cuando ardían sus corazones y por fin "se les abrieron los ojos y le reconocieron" (Lc 24, 31).

Así en un segundo estrato podemos decir: evangelizar significa dar a conocer a Jesús a la gente, como nosotros lo conocemos a través de los Evangelios. Significa introducir a las personas en la comunión de vida con El, introducir en la nueva comunidad de los discípulos como comunidad en marcha con el Señor a lo largo del camino.

c) El Evangelio paulino

En Pablo encontramos una manera nueva, honda, de usar el concepto de Evangelio. Pablo habla de "mi Evangelio" y expresa así su conocimiento particular, que para él se realizó en el encuentro, camino de Damasco, con Cristo resucitado: la justificación del hombre ante Dios no por las obras de la ley, sino por la fe. En pocas palabras, se podría resumir el núcleo de la intuición de san

Pablo así: para entrar en la voluntad de Dios, para vivir su voluntad, no hace falta ser un prosélito hebreo; no es necesario seguir todas las prescripciones de la Tora, basta convertirse a Jesús y vivir en comunión con Jesús.

El nexo de esta afirmación con el tema del Reino de Dios y de la evangelización se hace visible si escuchamos las palabras del famoso estudioso judío Jakob Neusner: "Si yo acepto el yugo de los mandamientos de la Tora y los pongo en práctica, entonces acepto el orden de Dios. Yo vivo en el Reino de Dios, es decir, en el ámbito del Reinado de los Cielos, aquí en la tierra. Llevar una vida santa significa esto: vivir según la voluntad de Dios, aquí y ahora".

El cristiano sólo debe sustituir la palabra "Tora" por otra, el nombre de Jesús. En vez de decir: «Si yo acepto el yugo de los mandamientos de la Tora y los pongo en práctica, entonces... vivo en el Reino de Dios», el cristiano dice: si estoy en comunión con Jesús, entonces vivo en el Reino de Dios. Jesús es la Tora en persona, y yo tengo todo, si tengo a Jesús. Esta sustitución de la palabra "Tora" con el nombre de Jesús es el "Evangelio" de san Pablo, es el contenido de su doctrina de la justificación; en este cambio se esconde la revolución cristiana. Porque con este cambio el pueblo de Dios se hace universal. Una nueva evangelización, pues, tendría en primer lugar que dejarse inflamar nuevamente por el encuentro con el Cristo de san Pablo. La posibilidad de liberarse de modo positivo y productivo de los condicionamientos culturales, de los "paradigmas" de una época y de inaugurar con la deculturación un nuevo encuentro cultural, depende de esta experiencia central: debo encontrar a Dios en Cristo de un modo tan vivo que pueda «considerar como polvo» (Fil 3, 7) mi propio origen cultural, todo lo que era importante para mí en mi historia. Ningún esfuerzo intelectual por muy sutil que sea podrá crear nuevas formas culturales del cristianismo si estas no surgen de la fuerza liberadora del encuentro con él, bajo cuya luz se manifiesta lo que es "polvo" y lo que es "perla", por la que merece venderlo todo.

2. Catequesis, catequizar, Catecismo

a) Fundamentos bíblicos y concepto de catequesis

Hasta ahora hemos tratado de ver y comprender a grandes rasgos qué es Evangelio y evangelización, y ahora debemos dirigir nuestra atención al ámbito lingüístico de Catecismo y catequesis. El concepto de catequesis está subordinado a la palabra fundamental "Evangelio"; designa un determinado deber, que surge en conexión con la evangelización. Como dije antes, esta palabra halló su significado específico sólo en el lenguaje de san Pablo; es un concepto que se ha delineado a partir de su actividad apostólica. Al mismo tiempo aparece también en la teología de Lucas. El pasaje más característico es Gál 6, 6, donde se habla del catecúmeno y del catequista; tenemos, pues, el aspecto activo y el pasivo del proceso. Lucas en los Hechos de los Apóstoles describe a Apolo como un hombre que es "catequizado" en el camino del Señor (18, 25), dedica su Evangelio a Teófilo, para que pueda darse cuenta de la firmeza de las palabras y realidades (logon) en torno a las cuales ha sido catequizado.

¿Qué significa todo esto? Podríamos decir que por un lado los cuatro evangelios son evangelización, pero que al mismo tiempo inauguran la evolución de ésta en

catequesis. La catequesis tiene por objetivo el conocimiento concreto de Jesús. Es introducción teórica y práctica a la voluntad de Dios, así como es revelada en Jesús y como la vive la comunidad de los discípulos del Señor, la familia de Dios. Por una parte, la necesidad de la catequesis deriva de la dimensión intelectual, que contiene el evangelio: el Evangelio interpela a la razón; esto responde al deseo profundo del ser humano de comprender el mundo, conocerse a sí mismo y aprender el modo justo para realizar su propia humanidad. En este sentido la catequesis es una enseñanza; los primeros enseñantes cristianos son el verdadero inicio de la condición de catequista en la Iglesia. Pero ya que no se puede separar de esta enseñanza su realización en la vida, puesto que la comprensión humana ve correctamente sólo si también el corazón está integrado en ella, esta enseñanza debe ir unida necesariamente a la comunidad de camino, a la costumbre de vivir el nuevo estilo de vida de los cristianos. De este conocimiento nació muy pronto el catecismo, que podía ofrecer esa comunión de camino y diálogo ejemplarmente representada por los discípulos de Emaús caminando con el Señor resucitado.

Nuestro Catecismo, a partir de lo dicho hasta aquí, ha definido, en estrecha conexión con el documento postsinodal *Catechesi tradendae*, qué es catequesis. Merece la pena volver a escuchar algo más ampliamente este hermoso texto: «En el centro de la catequesis encontramos esencialmente a una Persona, la de Jesús de Nazaret, Unigénito del Padre... Catequizar es... descubrir en la Persona de Cristo el designio eterno de Dios... El fin de la catequesis: "conducir a la comunión con Jesucristo: sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad" (n. 426). "En la catequesis lo que se enseña es a Cristo... y todo lo demás en referencia a Él; el único que enseña es Cristo, y cualquier otro lo hace en la medida en que es portavoz suyo, permitiendo que Cristo enseñe por su boca. Todo catequista debería poder aplicarse a sí mismo la misteriosa palabra de Jesús: "Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado" (Jn 7, 16)» (n. 427).

b) El contexto del catecismo

En este concepto de catequesis se ha inspirado el Catecismo. Éste sólo pretende hacer oír la voz de Cristo y ser una compañía en el proceso catecumenal de acostumbrarse a vivir y a pensar en la comunión de camino de los discípulos de Jesucristo, que son ahora su familia, porque se unen con Él en la voluntad de Dios (cfr, Mc 3, 34-35). Esto significa en primer lugar que el Catecismo no expone las teorías privadas de cada autor. Lo que sería totalmente imposible porque no es la obra de determinados autores; en su elaboración han confluído voces de toda la Iglesia. Todos los que han trabajado en su redacción durante las múltiples fases de trabajo no pretendían "proponerse a sí mismos", sino ponerse a disposición como oídos y boca de la comunidad de la Iglesia. Esta desprivatización del pensamiento, este abandono de la preponderancia para confluír en un todo se convirtió luego en una experiencia grande y feliz. Para todos valía la ley: mi doctrina no es mi doctrina... Esos teólogos que examinan el Catecismo desde el punto de vista de la acogida que en él tienen o no sus hipótesis evidentemente no se dan cuenta de esto. Mejor lo advierten, en cambio, las personas sencillas e incluso de cultura en todas las partes de la tierra: éstos oyen la voz de la Iglesia y en ella la voz de Jesucristo y se alegran, como testimonian la cantidad de cartas procedentes de todo el mundo.

Según lo que enseña toda la tradición catecumenal de la Iglesia es evidente que el Catecismo es sólo un elemento de un conjunto más amplio. Se remite a otro maestro, para decirlo con san Agustín, al maestro interior, que está presente en cada ser humano, así que cada uno en el encuentro con el mensaje de Jesús pueda decir: sí, esto es precisamente lo que yo estaba buscando desde siempre. El Catecismo, por otra parte, necesita también al maestro exterior, al catequista y la comunidad de los discípulos que camina unida. Sin la palabra viva del catequista que ha sido él mismo -como Apolo- "catequizado en el camino del Señor" (Hch 18, 25), el libro permanece mudo. A partir de la consonancia interior con la fe de la Iglesia, con el mensaje de Cristo, el libro debe ser propuesto creativamente dentro de las diferentes situaciones para los diferentes tipos de personas. El Catecismo hace que nazcan, allí donde no se le ponen expresamente frenos, cantidad de nuevas iniciativas de evangelización y anuncio.

Pero en el origen de estas iniciativas se halla siempre la persona del catequista. Si para él la Iglesia no es algo meramente exterior, sino que "está viva también en el alma", entonces con su fe dinámica puede hacer que la letra sea de nuevo voz viva. Tal vez encontrará obstáculos, pero sobre todo suscitará la alegría que nace del encuentro con Jesús.

c) Sobre la estructura didáctica del Catecismo

En fin, una breve indicación sobre su estructura didáctica. Los Padres del Sínodo de 1985, al pedir un Catecismo Universal expresaron el deseo de que este libro fuera bíblico y litúrgico, y que tuviera en cuenta las situaciones vitales del hombre contemporáneo. Ahora bien, estas situaciones pueden ser muy diferentes. Tienen poco en común, por ejemplo, las condiciones de vida de una persona en Suiza con las de una en Bangladesh. Sin duda alguna, el Catecismo se ha escrito partiendo precisamente de la atención por las ideas, de las situaciones de vida compartidas e incluso de las aportaciones del mundo contemporáneo, pero las referencias a las situaciones de vida reales debe dejarlas a la creatividad de las Iglesias locales y a la experiencia creyente de los catequistas y catecúmenos. Por ello se ha preocupado de pensar y hablar partiendo de la Biblia y de la Liturgia. Sin embargo, las objeciones contra el Catecismo en Alemania se referían precisamente a la exégesis; se presenta el libro como una obra absolutamente tosca, cerrada a todos los resultados de la moderna exégesis bíblica. Sobre esto será necesario decir algo más adelante. Pero independientemente de la cuestión de la modernidad de la exégesis presupuesta en el Catecismo, un lector honesto debe reconocer con sencillez que la Biblia informa totalmente el libro. Que yo sepa no existía hasta ahora un Catecismo tan plasmado en la Sagrada Escritura como éste; tampoco el Catecismo alemán para adultos llega a estos niveles.

El Catecismo tiene amplias partes narrativas. Narra la historia de Jesús, la historia de Dios con nosotros como la Biblia nos la presenta. En espíritus críticos esto puede causar una impresión de simplismo, pero esta es la manera de catequizar de los apóstoles, desde el momento que podemos considerar a los evangelistas como un condensado de la catequesis más antigua. Es la catequesis que emerge, si se cree en lo que está escrito y uno no piensa que conoce la historia mejor que las fuentes. Para el Catecismo el mensaje de la Biblia es realidad, y por ello se puede, mejor dicho, se debe narrar así también hoy. La estructura del texto comprende cada vez

tres elementos. En primer lugar, la "catequesis", la presentación de cada una de las enseñanzas de la fe. Esta se ilustra -este es el segundo elemento- y al mismo tiempo se examina detalladamente mediante los testimonios, los textos ejemplares de grandes doctores de la fe de todos los tiempos.

Naturalmente ocupan un lugar importante los Padres de la Iglesia, los textos de la liturgia y los documentos del Magisterio; y al respecto se ha puesto mucha atención en escuchar lo más equilibradamente posible las voces de la Iglesia oriental y occidental. Así al elemento sincrónico se añade el diacrónico, los creyentes de todos los tiempos pertenecen siempre a la Iglesia viva, no se quedan nunca en el pasado. Para ello se ha tratado de hacer escuchar claramente la voz de las grandes mujeres de la Iglesia. En todo ello se halla implícitamente un elemento ecuménico. En la medida en que se toma de la tradición en toda su amplitud, se arroja luz sobre lo esencial y lo común así como sobre la pluralidad de formas de la comprensión de la fe.

En fin, los textos breves ("síntesis"), al final de cada capítulo, presentan la sustancia catequista esencial de los tratados anteriores. El Catecismo no tiene la ambición de ofrecer frases típicas que los catecúmenos de todo el mundo puedan memorizar en el futuro. Las condiciones culturales y pedagógicas, incluso en un mismo país, son tan diferentes, que una empresa semejante no hubiera tenido perspectivas de éxito. Además el Catecismo quiere ofrecer elementos para un lenguaje común fundamental de la fe y también para una renovada memoria común de los cristianos, a los cuales como único pueblo de Dios les incumbe apropiarse de una historia común. La memoria de las obras de Dios, que nos une y recoge, nos da, más allá de todas las diferencias, la identidad común de la familia de Dios. En ello se incluye que podamos hablar una lengua común, y comprendernos mutuamente en lo esencial. Para la unidad interna de la Iglesia y también para la disponibilidad de los hombres a la paz, fuera de todas las barreras raciales, políticas y culturales, es muy importante que la fe no se disuelva en lo indeterminado a causa de la pérdida de la memoria y el lenguaje. Pues entonces sería ineficaz y vacía. La tarea de la catequesis no es desde luego la de hacernos aprender de memoria cierta cantidad de textos. Sin embargo, es su deber renovar y desarrollar continuamente la memoria cristiana y la comprensión común de las palabras esenciales de la fe.

3. El realismo bíblico de la catequesis cristológica en el nuevo Catecismo

Siguiendo el nuevo Catecismo, hemos hablado hasta ahora muy en general de lo que es evangelización y de lo que es catequesis. Decíamos que evangelización es anuncio de la cercanía de Dios en palabras y acciones, familiarización con su voluntad por medio del ingreso en la comunión con Jesucristo. Y hemos visto también que la catequesis desarrolla el proceso fundamental de la evangelización dándonos a conocer a Jesús, acostumbrándonos a vivir y pensar en la comunidad de los discípulos. La centralidad de la figura de Jesucristo une los dos procesos de "evangelización" y "catequesis". Para que todo esto sea más concreto, en esta parte conclusiva quisiera referirme a una sección particular del Catecismo, y a modo de ejemplo mostrar cómo afronta esta tarea y de qué manera abre el camino a la catequesis práctica. Es bastante obvio elegir como ejemplo la catequesis cristológica. Ya que nos llevaría demasiado lejos tratarla aquí en toda su amplitud,

quisiera sólo evidenciar un rasgo característico de esta catequesis, que al mismo tiempo indica el planteamiento teológico del Catecismo.

El Catecismo confía en la palabra bíblica. Considera al Cristo de los Evangelios como al Jesús real. Y está convencido también de que todos los Evangelios nos hablan de este mismo Jesús, que todos ellos, cada uno a su manera específica, nos ayudan a conocer al verdadero Jesús de la historia, que es el Cristo de la fe. Ello le ha valido ataques furiosos: el Catecismo -dicen- ha olvidado un siglo entero de exégesis; no sabe nada de géneros literarios, historia de las formas e historia de las redacciones; se ha quedado en una interpretación "fundamentalista" de la Biblia. Basta leer los capítulos sobre la Biblia y su interpretación para ver que estas afirmaciones carecen de sentido (nn. 101-141). El Catecismo recoge, sin hacer ostentación de aparato crítico, los resultados verdaderamente seguros de la exégesis moderna. Remito para ello al capítulo sobre el nombre de Jesús y sobre los tres títulos cristológicos principales Cristo, Kyrios (Señor) e Hijo, que considero uno de los textos más ricos y profundos de nuestro libro.

Pero la pluriestratificación y plasticidad de la imagen de Jesús de los Evangelios, que conocemos por medio de la nueva investigación científica, no nos obliga a reconstruir, dejando a un lado los textos y partiendo de una combinación de presuntas fuentes, otro Jesús, del que se afirma que sería puramente histórico, borrando de esta manera la imagen del Jesús de los Evangelios como un producto de la fe de la comunidad. Además habrían existido según las comunidades una pluralidad de Cristos, que no pueden mezclarse. No resulta claro cómo de este mínimo de realidad histórica y de esta contrariedad de creaciones comunitarias podía, sin embargo, surgir de repente la común fe cristológica que ha transformado el mundo.

Recientemente el gran estudioso judío Jacob Neusner se ha opuesto enérgicamente a estas reconstrucciones y a la devaluación de los Evangelios que suponen. No dispongo aquí de espacio para examinar uno por uno sus argumentos; cito sólo la frase programática, en la que resume su opción ampliamente fundada: "Yo escribo para cristianos creyentes y judíos creyentes; ellos conocen a Jesús por medio de los Evangelios". Esta es exactamente la posición del Catecismo; un libro, que transmite la fe de la Iglesia y no quiere canonizar teorías privadas, no puede asumir otro punto de partida. Esto nada tiene que ver con el fundamentalismo, porque una lectura fundamentalista excluye todo tipo de mediación eclesial y da valor sólo a la letra en sí misma. Cuando Neusner en su libro sobre Jesús dice que no puede entrar en discusión con el Jesús histórico producto de la imaginación de los eruditos, porque tales figuras históricas fabricadas serían muchas y muy diferentes, llama de esta manera la atención sobre un problema, advertido cada vez más claramente por la misma exégesis científica. La corriente de la exégesis canónica que está adquiriendo peso en América insiste firmemente en que el primer deber de toda interpretación es comprender el texto dado como tal. Ésta no puede librarse de este deber descomponiendo el texto en sus supuestas fuentes y al final ocuparse sólo de estas. Naturalmente la exégesis puede y debe también investigar la historia interna de los textos y a partir de aquí estudiar su desarrollo. Pero por ello no puede desaparecer el verdadero deber fundamental, es decir, el de profundizar en el texto en sí mismo, tal como existe ahora, como totalidad y por lo que propiamente quiere afirmar.

Quien desde la fe lee la Escritura como Biblia ha de dar un paso más. La interpretación histórica, por su propia naturaleza, nunca podrá ir más allá de las meras hipótesis. En realidad, ninguno de nosotros estaba entonces presente; sólo las ciencias naturales conocen la reproducción de los fenómenos en el laboratorio. La fe nos concede la contemporaneidad con Jesús. La fe puede y debe abrazar todos los conocimientos históricos, saliendo con ello enriquecida. Pero la fe nos hace conocer algo que es más que una hipótesis, nos da derecho a ponernos en las manos de la palabra revelada en cuanto tal.

El haber reducido el testimonio bíblico sobre Jesús a simples imágenes de Jesús reconstruidas ha llevado a un espantoso empobrecimiento de la figura de Jesús, haciendo casi imposible la relación viva con su persona. La imagen de Jesús, que permanece, es en general de una sorprendente pobreza. John P. Meier tituló el primer volumen de su libro sobre Jesús "Un judío marginal". ¿Para qué nos sirve? ¿Acaso puede ser evangelio el conocimiento de un judío marginal de una época tan lejana? El Catecismo, con su valor creyente, al leer los Evangelios como totalidad pluriestratificada y digna de crédito, nos transmite una imagen de Jesús muy rica y viva. Ante todo, se observa nuevamente qué grande es la figura, cómo supera todas las medidas humanas, siendo por ello mismo por lo que se nos ofrece en verdadera humanidad. El encuentro con esta figura provoca gozo: esto es evangelización. Con este Jesús ya podemos hablar de nuevo. El no es sólo un "programa", representante de una causa, cuya sorprendente pobreza de contenido no puede más que dejarnos alelados.

Cuando me pregunto cuál es la causa de que se vacíen nuestras iglesias, de que la fe vaya apagándose silenciosamente, me gustaría responder que el motivo central es el proceso de vaciado de la figura de Jesús, a la vez que la formulación deísta del concepto de Dios. El sucedáneo de Jesús, más o menos romántico, que se ofrece no es suficiente. Le falta realidad y cercanía. El Jesús de los Evangelios, que volvemos a conocer en el Catecismo, es contemporáneo porque él es el Hijo, y es accesible porque es humano. Su historia humana nunca es puro pasado; todo esto está asumido en él y en la comunidad de sus discípulos como presente y me toca.

Puede ser importante otra anotación: el Catecismo no conoce ningún eclesiocentrismo. Nada tiene que ver con esa sorprendente forma de reducción del hecho de ser cristiano, en el que la fe queda restringida a autoocupación eclesial o comunitaria y en el que el sueño de la mejor Iglesia futura tendría que sustituir a la esperanza cristiana. La Iglesia es el lugar, el sujeto común que vincula al autor y al lector, y a partir de ella el Catecismo elabora sus pensamientos. Pero este sujeto no se mira a sí mismo, sino que existe para darnos los ojos nuevos de la fe, sin los cuales de Jesús sólo veríamos imágenes distorsionadas, pero no a Él mismo. La Iglesia existe para hacernos ver a Cristo y oír el Evangelio.

La catequesis cristológica del Catecismo nunca es teoría puramente intelectual. Persigue la vida cristiana, lleva -como presupuesto para la vida cristiana- a la oración y la liturgia. El Catecismo, precisamente por estar bíblicamente orientado, lo está también litúrgicamente, como habían solicitado los padres del Sínodo del 1985. Los títulos cristológicos desembocan en el lenguaje de la oración; como también los misterios de la vida de Jesús, desde la espera de Israel y las gentes hasta el misterio pascual. El fundamento más profundo para toda nuestra

devoción hacia Jesús lo encontramos en el Catecismo cuando saca las consecuencias de la lucha de los primeros siete concilios. A partir del testimonio de fe de la Iglesia madurada en una larga historia, el Catecismo se atreve a proponer la audaz afirmación siguiente: "Jesús nos conoció y amó, a todos y cada uno de nosotros, durante su vida, su agonía y su pasión, y se ofreció por cada uno de nosotros: "El Hijo de Dios me amó y se entregó por mí" (Gal 2,20)" (n. 478). La dramática personalización que hizo Pablo con esta palabra puede cada uno de nosotros referírsela a sí mismo. Todo ser humano puede decir: el Hijo de Dios me amó y se ofreció por mí.

La catequesis cristológica se hace plenamente Evangelio sólo con esta afirmación. Ante Dios no somos una masa gris. Ni lo somos ni lo éramos ante Cristo. El en verdad recorrió su camino también para mí. Esta certeza puede acompañarme en todas las fases de mi vida, en mis éxitos y mis fracasos; en mis esperanzas y mis sufrimientos. El recorrió su camino por mí y por quienquiera que entre en mi vida: también a éste le amó, por él se dio, como me amó y me ama a mí. Si volvemos a aprender a creer esto, si conseguimos anunciarlo a otros como mensaje de la verdad, entonces se realiza la evangelización. Entonces sí que sabemos: el Reino de Dios está cerca. De aquí surge la fuerza de vivir y actuar a partir de esta cercanía.